

Escuela¹

Iván Illich

La cuestión bajo investigación aquí, la cuestión del origen e influencia de los poderes-generados por la Iglesia, tiene una historia en mi propia vida. Me percaté de ello como un misterio que quería tratar de penetrar un poco a finales de 1950. En ese tiempo actuaba como (vice) rector de la Universidad Católica de Ponce en Puerto Rico. Y sucedió que aquel hombre que dos años más tarde sería el jefe organizador de la Alianza para el Progreso en América Latina de John Kennedy del Departamento de Estado de E.U. era el presidente del Consejo de Educación de la isla. El estaba afuera en algún lugar. Yo estaba actuando como su sustituto. Gradualmente llegué a sentirme incómodo con el poder administrativo y consultivo que esto me daba. El poder es algo que siempre me ha preocupado, no porque lo rechace sino por su sabor ambiguo. Y entonces al poseer este poder en materias educativas en la pequeña isla de Puerto Rico, tuve que preguntarme a mi mismo, ¿En qué estoy involucrado aquí?

En ese tiempo, por lo que sé, el procedimiento de escolarización no había sido nunca objeto de la historia, la antropología o las ciencias sociales en general. Nadie había pensado que valía la pena explorar el origen de la extraña

¹ Publicado en: *The Rivers North of the Future*, The Testament of Ivan Illich as told to David Cayley, House of Anansi, Toronto, 2005, cap. 10, trad. Marcelo Carrillo Babani.

suposición de que la gente nace con la necesidad de escolarización. Pero en conversación con un amigo y colega llamado Everett Reimer, esta cuestión surgió y nos condujo a preguntar ¿Qué es escolarización? Entonces tratamos de mirar a la institución únicamente en términos formales, dejando fuera las intensiones de la gente respecto a la educación. Definimos como escuela cualquier agencia establecida que reúne, por un periodo mínimo de cuatro años, grupos de mas de quince y menos de cincuenta personas, generalmente de la misma edad, alrededor de una persona que ha participado en ese tipo de reuniones por mucho más años que ellos. Y observamos que cualquier parte en el mundo donde miráramos, la escolarización parecía involucrar una sucesión de cuatro periodos como tales, cada uno diseñado para eliminar a más y más gente. Cuatro veces alrededor de este circulo y obtienes privilegio social.

En ese tiempo preguntaba ¿Qué es esto? Estaba profundamente involucrado leyendo al antropólogo Max Gluckman que escribió sobre ritual Africano. Y comencé a preguntarme qué pasaría si, en vez de hablar de esto como una institución social, o una agencia de servicio, lo veía como ritual. Gluckman define un ritual como cualquier forma de conducta bien establecida que conduce a todos aquellos que participan en ella a cierta creencia. Su procedimiento cuyo imaginado propósito permite a los participantes pasar por alto lo que en realidad están haciendo, esto es, la idea de que una danza de la lluvia, traerá lluvia, eclipsa el costo social de organizar la danza de la lluvia y hace a los danzantes sentir que si la lluvia no viene entonces tendrían que danzar más fuerte. En otras palabras los rituales, tienen la habilidad de generar en sus practicantes un adherencia profunda a convicciones que internamente, podrían ser altamente contradictorias, de suerte que la adherencia a una creencia es de alguna manera más fuerte que la capacidad de la mayoría de la gente de cuestionar lo que ellos creen.

Pero, como ritual, la escolarización es algo muy nuevo. Las danzas de la lluvia son conocidas entre algunos pueblos en el Sureste de los Estados Unidos y entre algunos pueblos tribales en India, y no sé donde más; pero no sé de ninguna danza de la lluvia que sea mundial.

La escolaridad fue llevada por misioneros durante las pocas últimas generaciones a todo rincón del mundo y sus procedimientos son observados entre nosotros, tanto como por la gente en Holanda, Westchester, o las regiones lujosas de Nueva York. Entonces de pronto tuve que preguntarme a mi mismo ¿Hay algún precedente para la exitosa propagación de este ritual alrededor del mundo? Un ritual que ha llegado a darse por sentado y que ha generado una creencia, un mito, que ha llegado a ser una cuestión de fe a pesar del total contraste presentado por su obvios efectos nocivos.

Durante este tiempo, los años anteriores a Kennedy, la escolarización estaba siendo promovida como una manera de proveer igualdad dentro de las naciones, e igualdad entre las naciones – una esperanza imposible como lo muestra la hoja de balance de cualquier país – pero el apego a esa esperanza era tenaz. Cuando meses más tarde le dije a mi amigo y vecino Erich Fromm sobre mi idea de la escolarización como un ritual, un ritual generador de mitos estaba tan conmocionado que no quiso verme por dos o tres semanas. El gran psicoanalista y analista social, quien como hombre de edad seguía usando un clavel rojo para mostrar su socialismo, no podría permitir que nadie profanara esta institución, para él, sagrada.

Mi tentativa de hablar sobre instituciones modernas en términos de rituales coincidió a principios de los sesentas con la creciente conciencia entre los científicos sociales que estudiaban el desarrollo que las instituciones tienen tanto efectos positivos como negativos y que introducir las escuelas o la medicina moderna en lugares vistos como en

necesidad de desarrollo producen inevitablemente efectos negativos. Esta gente pensaba la escolarización como técnica cuya efectividad debía ser evaluada. Propuse que se la analizara como un ritual porque solo entonces se hizo evidente de que el mayor efecto de estas instituciones era hacerle creer a la gente en la necesidad y la bondad de lo que se supone alcanzarían. Esto no puede verse desde adentro. Como tampoco puede verse cuando el presente es examinado “a la sombra del futuro,” como dice tan bellamente Zygmunt Bauman. Una firme posición en el pasado es provechosa. Imagínese intentar hablar a un amigo en el siglo diecisiete o del siglo doce, o en la antigüedad, sobre las instituciones contemporáneas, y se vuelve fácil percibir cuán intensamente ritualizadas son. El ritual genera creencia, entonces yo hablo de *mitopoesis*, siendo *poesis* la palabra griega para “hacer” un ritual generador de mito.

Ahora bien, al meterme en esta extraña, idiosincrasia, cuestionable visión que me sostuvo a través de los primeros veinte años de mi intensa reflexión sobre los efectos del desarrollo, fui ayudado por algo más que los estudios de Max Gluckman. Cuando me convertí en el presidente del consejo que gobernaba toda educación en Puerto Rico, no era en tanto que científico social, o incluso como un mirón maligno dentro de la ciencias sociales. Llegué allí como un hombre que, además de historia y filosofía había también estudiado teología, teología *Católica Romana* de la más tradicional, y de alguna manera de un tipo oscurantista si tú quieres, de la que de cualquier manera, si tú la estudias apropiadamente, demanda de ti una sólida fundamentación en los clásicos grecolatinos, pero también en los cristianos clásicos: los Padres de la Iglesia, los Escolásticos, y los maestros espirituales.

Y en el estudio de teología, que es la tentativa de penetrar intelectualmente el mensaje del evangelio, me interesó particularmente un campo. Has notado las huellas

de ello en nuestra conversación. Se llama eclesiología, que es el estudio teológico de la entidad llamada “Iglesia”. Uno puede estudiar la Iglesia como un fenómeno histórico. Eso es lo que hemos estado haciendo una y otra vez. Pero uno puede también estudiarla desde la perspectiva de la fe como alguien que cree en la nueva posibilidad de encarar a los demás, indicada en la historia del Samaritano. Uno puede ver a la Iglesia como un misterio de la fe, y la eclesiología como la tarea de estudiar el objeto de la fe que se llama a sí mismo Iglesia y se considera a sí misma ser el cuerpo místico de Cristo, donde “místico” significa *comunal*.

Una rama de la eclesiología es el estudio de la Liturgia. La liturgia puede ser estudiada en términos de rituales, procesiones populares y bendiciones, o la estética de los implementos del altar; y en ese sentido pertenece a la historia de las mentalidades y las artes interpretativas. La liturgia se vuelve parte de la eclesiología cuando entiendes el ritual como la placenta fuera de la que y dentro de la cual la Iglesia llega a ser en el presente. Es una creencia incuestionable de las comunidades cristianas de toda clase, de que la Iglesia como comunidad viene a la existencia en el *simposium*, en beber y comer juntos en recuerdo de la Última Cena, que Cristo celebró y a la que le dio un significado escatológico, es decir, un significado relacionado con el tiempo. Cuando celebró esa comida, llamó la atención de sus apóstoles al hecho de que estaban haciendo algo, que en un sentido profundo, se sostiene fuera del tiempo. Él procuró hacer con ellos algo perenne en el hogar del Padre, esto es, en el más allá, después no solamente de la Resurrección y la Ascensión al cielo, sino después del *Apocalipsis*, el fin del mundo como es ahora. Es, entonces, la creencia de los Cristianos – y esto es suma y ampliamente compartido, aunque diferencialmente interpretado por diferentes sectas– de que la comunidad Cristiana toma existencia compartiendo el mismo pan. Esto es una *mitopoesis* un ritual generador de creencia. El ritual hace

más que solo recordar una fe que ya tenemos. Cuando celebramos esa fe compartiendo el pan y compartiendo el vino a través del beso de paz, la *conspiratio* de la que hablábamos, la entidad social cobra existencia. Esta idea ha estado presente en el pensamiento eclesiástico desde el siglo segundo de nuestra era. Uno puede entonces decir bromeando que la eclesiología es una ciencia social veinte veces más vieja que la sociología, si pongo el comienzo de la sociología en el tiempo de Durkheim (1858- 1917) y Weber (1864-1920).

Así que mis antecedentes teológicos y eclesiásticos me llevaron a suponer que esta institución mundial tiene algo que ver con la Iglesia, pero primero pensé que nada más había tropezado con una analogía muy vaga. Pero después de años de intentar entender cómo surgió la idea de que el hombre necesita revelaciones magisteriales para poder conocer cualquier cosa, sobre cualquier lado de la realidad y que esto es mejor administrado en un ritual estrictamente organizado. Llegué a pensar que la conexión era más cercana y más profundamente determinada. ¿Por qué creer que los seres humanos nacen requiriendo iniciación institucional a la realidad concreta en la que deben cumplir sus deberes como ciudadanos?

Desde mediados del siglo pasado se ha dicho que nuestra palabra para educación viene del Latín *educare*, (enseñar). Pero cuando regresé a los diccionarios del Latín clásico, encontré una sentencia de Cicerón en la que utiliza el verbo *educare* en conexión con el amamantamiento de infantes. *Nutrix educat*, la nodriza-nutricia *educa*, dice. Para enseñanza usa los verbos *docere* o *instruere*. Entonces miré para ver cuándo *educare* fue conectado por vez primera con un sujeto masculino. ¿Y qué encontré? Por doscientos años después de Cristo, su sujeto era siempre una hembra con pechos jugosos. Luego vino Tertuliano, un obispo Cristiano en África del Norte, que fue el primero en declarar de

acuerdo a mi enorme diccionario Latino, de que los hombres educan porque tienen senos, de los que los Cristianos vienen a succionar la leche de Cristo: la Fe.

Yo nunca pensé mucho sobre educación hasta que el destino me arrojó dentro de la situación que ya describí en Puerto Rico. Pero entre más veía lo que estaba ocurriendo más me sentía enfermo del estómago. Todos estaban tan seguros de que actuaban por el bien de estos impresionables jóvenes puertorriqueños. En consecuencia, no pude evitar preguntar, cómo debo interpretar la creencia de que la gente necesita un ritual de esta índole, no solo para crecer como personas competentes, sino también ser capaces de lo que entonces llamaban “ciudadanía”- esto es, el sentido fundamental, ético y moral que es necesario para formar una comunidad. Y fui conducido por la sospecha de que estaba parado frente a una secularización del rito Católico. La iglesia hizo obligatoria la asistencia a diversos ritos. Estableció una lista de días específicos cuando la asistencia era requerida y definió la violación de tales prescripciones como pecado. Para el clero el *breviarium*, la forma reducida del rezo monástico fue hecho obligatorio por el Concilio de Trento (1545-1563). Para el cristiano simple estaba el requerimiento de ir a Misa cada Domingo – de lo contrario vas al infierno- o de confesarse una vez al año. La elaboración de esta organización legal y de esta imposición legal la cual definía la ausencia a los servicios como pecado precedió inmediatamente la época en la que el estado, el nuevo estado-iglesia como lo llamé anteriormente, comenzó a introducir sus propios rituales. Y el más fácil de seguir es la educación. Comienza con la idea de que el hombre nace con la necesidad de revelación sobre el mundo dentro del cual llega. Revelación que puede ser impuesta solo por catequistas reconocidos llamados maestros. Y así continua tomando la increíble forma de asistencia a cuatro años elemental, cuatro años intermedio, cuatro años superior y cuatro años de universidad. Lo que el colegio moderno pide

es asistencia, el acto físico de estar ahí, así como tu tienes que estar ahí para la Misa, que nos hace acostumbrarnos a una intensidad de conducta ritual para la que no encuentro precedentes o ejemplos comparables en otras culturas.

Ya no quiero hablar más aquí sobre educación, sino solo para mostrar como procedí personalmente al intentar descubrir el origen de esta creencia, desconocida en otras sociedades. ¿Por qué necesitas de una institución que sea organizada para hacer a la gente competente para comprender lo que es bueno para ella y su comunidad? Ese conocimiento no viene del vivir sino de la *educatio*, leche de sabiduría manando de los pechos de una institución.

En charlas anteriores intenté hacer plausible que el mensaje cristiano expande explosivamente el alcance del amor al invitarnos a amar a quienquiera que elijamos. Hay una nueva libertad involucrada, y una nueva confianza en la propia libertad. También me propuse establecer el hecho de que esta nueva libertad hace posible un nuevo tipo de engaño. La manera en que fui conducido a enmarcar esta hipótesis fue observando la moderna manía por la educación y luego concluyendo que la única manera en que puede ser explicada es como el fruto de dos mil años de institucionalización de la función catequista de la comunidad Cristiana. Lo que nos ha conducido a creer que es solamente a través de una enseñanza explícita, a través de rituales en los que la enseñanza tiene la mayor parte, podemos devenir ajustados a la comunidad en la que debemos vivir.

Por cierto, comencé, como un creyente, un feroz luchador por la implementación de la ley que dice que todo Puertorriqueño, tiene que tener al menos cinco años de escolarización. Y llevé mi apoyo hasta el punto en el que me opuse a cualquier flujo adicional de dinero hacia la universidad antes de que el suficiente dinero estuviera en el sistema de educación pública par implementar la ley. Así que cambié de creyente en las escuelas a un hombre para el

cual los rituales sociales y los mitos que generan deben ser estudiados históricamente. Pero quiero advertir de que a pesar de mi antigua referencia a Max Gluckman, estos mitos modernos no deben ser identificados demasiado fácilmente o hacerlos demasiado rápido análogos a los mitos y rituales, pasados o presentes que conocemos a través de la etnología. La Escuela no es solo otra danza de la lluvia. Es una danza de la lluvia cuya universalización, Erich Fromm tomó tan seriamente que lo llevó a romper temporalmente con uno de sus amigos más cercanos en su ya avanzada edad.

Parado en los años cincuenta, frente a este fenómeno extraño y misterioso a la vez, no tenía todavía los términos y elementos para ello. Foucault no había escrito todavía las rupturas epistemológicas que ahora conocemos. Yo digo ahora que estaba contemplando un parte-aguas histórico que era de una naturaleza mucho más profunda de lo que la mayoría de los historiadores contemporáneos intentaban cuando usaban el ahora lenguaje común de: parte-aguas, rupturas y bifurcaciones. Creo que sus orígenes descansan en el intento de la Iglesia de tomar lo que comenzó como vocación personal –un llamado a cada uno– y tratar de controlarlo y garantizarlo dándole esta aparente solidez y permanencia mundana.

Iván Illich en: www.ivanillich.org.mx